

LOS LIBROS

DON DIEGO PORTALES, por *Máximo Soto-Hiall*

Nos parece difícil que se pueda escribir un comentario sobre Diego Portales, después del voluminoso libro que le dedicó don Francisco Antonio Encina, sin mencionar la obra de éste, ya sea en sentido de elogio o impugnativo, o, cuando menos, por mera información, pues los puntos de vista originales para enfocar la personalidad del Ministro conservador no escasean en el volumen aludido, aunque no siempre existe relación entre la estatura interpretativa usada por el señor Encina y el tamaño de la figura y de los hechos protagonizados por Portales; al contrario, excediendo aquélla a límites verdaderamente excesivos que deforman la realidad del personaje, hipertrofiando la situación histórica de Diego Portales hasta concederle una importancia ecuménica, al compararlo con existencias que se han destacado señeramente en el desarrollo de la humanidad, cuando este hombre careció de auténtica grandeza, siendo que su trascendencia, en su actuación, no ha podido traspasar jamás la geografía de Chile (la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, suponemos que no es un motivo para rechazar esta afirmación), porque no alcanza a adquirir consistencia ni siquiera como individualidad de contorno indoamericano, ya que sus valores han sido puramente de consecuencias locales. Ni como hombre

ni como político, ni como estadista (1) Diego Portales demuestra las egregias condiciones que le asigna el señor Encina y su obra sobre el ministro pelucón en vez de propender a su certera estimativa, provoca de inmediato, por la hinchazón interpretadora, una actitud de desconfianza y reserva en todo sujeto independiente que conozca ese espacio de la historia de Chile donde actuó Portales. En realidad, el señor Encina, un gran imaginativo no obstante su apariencia o calidad de hombre científico, ha inventado a Portales, ya que el ser que nos presenta como tal, y si exceptuamos la fidelidad de los hechos, no es el mismo ser histórico. La distancia es sumamente extensa entre uno y otro personaje. Sin embargo, no podemos desconocer que el volumen del señor Encina sobre el político chileno es de extraordinario atractivo por el talento que exterioriza en su creador. Y estamos casi por agradecerle su exageración histórica efectuada con tanta habilidad, pues el señor Encina nos enseña que en el país también hay historiadores de una eminente imaginación—por lo menos en un sentido interpretativo—y que si su número se aumentara no estaría lejano el momento en que nos descubrieran que la historia de Chile está apretadamente poblada de seres excepcionales y que sólo la miopía inherente al criollo le ha impedido ver con anterioridad. Porque si a Portales se le ubica en el plano erigido por el señor Encina, con más o menos razón puede hacerse lo mismo con otros personajes chilenos.

Máximo Soto-Hall, escritor centroamericano residente en Buenos Aires, nos presenta en su libro (2) a un Diego Portales más humano, más real, más de acuerdo con la vivencia histó-

(1) En general, Diego Portales no poseyó nunca una verdadera visión en estos aspectos, siempre que no olvidemos sus atinadas palabras sobre los EE. UU. en relación a las repúblicas sudamericanas, que fueron una cierta anticipación, pues previó el carácter imperialista que alcanzaría ese país, la capacidad de dominio económico sobre el resto del continente.

(2) Editorial Ercilla, Santiago, 1935.

rica del arbitrario Ministro. Es un volumen sin pretensiones de profundo y que abarca sólo un período de la vida de Portales, el de sus últimos años. y es razonable Soto-Hall al llamarlo «historia novelada», pues novela ese período de tiempo en que Portales desarrolló sus actividades de gobernante, con no escasa lealtad a los hechos, si hacemos excepción de algunos recursos, de índole estrictamente novelesca, injertados para darle animación al relato. Además, la atmósfera de la época, el clima histórico están delineados con innegable acierto. Les son suficientes a Soto-Hall la acumulación de algunos detalles esenciales, muy bien distribuidos en el libro, para reconstruir el conjunto ambiental de esos años. Ahora, el sordo rumor de descontento que en más de una oportunidad se transformó en tentativas de rebelión contra el absolutismo de Portales, absolutismo que debía finalmente ocasionarle su trágica muerte; la impopularidad, siempre creciente, en el sector más numeroso de la población y más pauperizado, como en los círculos de ciudadanos acomodados pertenecientes al partido pipiolo, se evidencian en el libro de Máximo Soto-Hall de manera muy precisa.

Por lo demás, desde un comienzo Soto-Hall logra atraer el interés del lector por su obra, con el incidente del capitán Paddock que en un instante de perturbación mental mata y hiere a algunos habitantes de Valparaíso, siendo condenado a la pena de fusilamiento y después, a ser colgado de una grúa del puerto para servir de escarmiento a los malhechores, como suponía Portales. Muchos resortes se mueven para conseguir el indulto del capitán; hasta varias de las personas por él heridas se agitan en este mismo sentido. Pero Portales, verdadero amo del país, está inflexible. Nada conmueve su dureza obstinada, ni la razón ni el dolor. Y el crimen legal se comete con todo el sádico aparato espectacular.

No sabemos si de este hecho Soto-Hall quiere inferir una consecuencia de la energía de carácter de Portales. A lo menos, como lo expone, nos parece que de él no se desprende otra cosa

que la enorme capacidad de testarudez del célebre Ministro; la que a menudo se ha querido presentar como cualidad energética. ¿Es, acaso, porque no es difícil confundir ambas expresiones del carácter? La razón, la lógica, la comprensión humana, indican claramente que el capitán Paddock era merecedor al indulto solicitado, ya que fué irresponsable al cometer su delito. Sin embargo, Portales no lo concedió. Y no se crea que al destacar este hecho pretendemos denigrar la personalidad de Portales. No. Simplemente constatamos que el Ministro conservador al proceder en tal forma sólo respondía a las condiciones de su temperamento, a su manera de ser. Interpretarlo en otro sentido sería falsear su carácter, pues en ese suceso actuó con testarudez—elemento tan acusado en su individualidad—ya que no puede ser una prueba de energía cerrarse a las evidencias del razonamiento.

Soto-Hall se ha posesionado muy bien de la modalidad y estatura de Portales, apreciando su presencia histórica en su medida correspondiente, no obstante demostrar no pequeña cantidad de simpatía por el personaje. Pero no exagera su importancia ni tampoco disminuye su dimensión, cuando los hechos la verifican en su extensidad palpable. Y surge Portales como es: sin grandeza en su vida íntima, sin grandeza como gobernante. Juguetero, mujeriego, testarudo, enérgico, inteligente, decidido, cruel e injusto, dominando un período político de Chile—manifestamente indeciso y turbulento—con firmeza, pero sin verdaderas condiciones de político eminente, creando algunas leyes bárbaras para sostenerse en el poder o, mejor para mantener la ideología que él representa, la ideología o los intereses, con más seguridad; exteriorizando un concepto de gobernar, singularmente estrecho y reaccionario que, sin embargo, acaso fué útil para darle estabilidad al Estado de Chile, pues su eje era la fuerza y el absolutismo.

Viviente, móvil, la figura de Diego Portales se agita con toda su humanidad en las páginas amenas de Máximo Soto-Hall,

sin esa aureola de tabú que le ha tejido cierto sector de la sociedad chilena. Es el Portales que conocíamos, el que fué, el que continúa siendo.—ARTURO TRONCOSO.

LA NATURALEZA EN LA OBRA DE DIOMEDES DE PEREYRA

Poco han hecho los escritores continentales para dar a conocer a nuestra América selvática. Fuera de los relatos de siglos anteriores dejados por viajeros europeos en su mayor parte, y los de algunos contados autores modernos sudamericanos, la alucinación geográfica de selvas, ríos y montañas, ha seguido ausente de toda interpretación en ensayos, cuentos y novelas. Hemos preferido las gastadas rutas occidentales, donde los creadores del «espíritu planetario» han convertido el viaje actual en la ilustración mecánica y cinematográfica del mundo. Llegan por aire, tierra y mar, en presurosos periplos buscando esta América virgen, sin ganar a su alma profunda, conturbada de misterios; los relatos de esos escritores viajeros viven de la apariencia, de un estilo, de una manera de hacer; pero sin ese carácter profundo de creación literaria, sin pretexto de sensación de arte y menos de confrontación de civilizaciones, que practicaban los autores de la buena tradición, aunque fuesen en pequeñas etapas de viajes.

Así hemos empezado a ser «descubiertos» y revelados por una literatura de lugares comunes, en medio de nuestra indiferencia, dejándonos también influenciar por ese «espíritu planetario», de superficie, que tiende a tornar el mundo moderno hacia un desolador aspecto de uniformidad, haciendo perder a los hombres todo lo que los diferencia y caracteriza todavía.

De aquí que nos sorprenda una novela de la calidad de «El Valle del Sol», obra de gran conciencia del sentido del viaje, y que su autor llama con acierto «la novela de la naturaleza», porque lo es, y muy auténtica, para los que han logrado asomarse a ella, adentrándose con el arte de viajar de los antiguos. Sólo